

MUJERES PATRIA-NACIÓN. MÉXICO: 1810-1920¹

NATIVIDAD GUTIÉRREZ

INTRODUCCIÓN

El estudio de las naciones y el nacionalismo son algunos de los temas que se han colocado en la vanguardia académica. Como resultado atestiguamos una profusión de literatura. Dentro de este amplio campo los esfuerzos por acercar a las mujeres con la nación han cobrado significado (Yuval-Davis y Anthias, 1989; Kandiyoti, 1981). La metodología del nacionalismo ha estado sujeta a la confusión y a la diversidad de interpretaciones. Por ejemplo, nacionalismo puede ser una ideología, un movimiento, un sentimiento, un ideal, un estado de la mente, una política, un fin en sí mismo. Más aún, el nacionalismo puede ser político, cultural, económico o defensivo. En el nacionalismo caben los movimientos artísticos y literarios, las filosofías, los intelectuales y, desde luego, la identidad nacional.

Informaciones míticas y simbólicas, mitos de origen y destino, así como orgullo por la sobrevivencia y la posteridad

¹ Agradezco al PAPIIT-UNAM cuyo financiamiento ha permitido la investigación documental que sostiene este artículo. Este artículo deriva de la discusión que como ponencia fue inicialmente presentado en el panel "Women and Nationalism: From Independence to the Nation of the New Millennium". Latin American Studies Association XXII International Congress, The Hyatt Regency Miami, marzo 2000.

no son ajenos al nacionalismo. También pensamos en los símbolos femeninos que celebran la continuidad, la reproducción y la originalidad. Para ahondar, reconocemos que hay nacionalismos de Estado y nacionalismos sin Estado (Guibernau, 1998); pero no hay dos nacionalismos iguales. Proponemos acotar este laberinto terminológico, señalando que en ésta ponencia identificamos dos momentos de nacionalismo: 1) La creación de un Estado soberano conforme al derecho de la autodeterminación (fines del siglo XVIII y XIX) y 2) El proceso de construcción del estado nación (XIX y XX). Posiblemente se logre acuñar otra definición por un tercer momento, la capacidad de negociación y liderazgo de aquellos movimientos o proyectos étnicos que empiezan a cuestionar la fórmula basada en la homogeneidad del Estado-nación contemporáneo, a fin de dar lugar a un reconocimiento de la pluralidad como condición de una mayor democracia participativa.

En esas etapas de creación y construcción de la nación, las mujeres han ocupado un papel muy ligado todavía a la estructura patriarcal, moviéndose en ámbitos domésticos y como acompañantes de caudillos, héroes o libertadores. Privadas del espacio público, las mujeres aún patriotas o nacionalistas son madres, hijas o esposas. Una segunda categoría agrupa a aquellas mujeres ejecutoras o actoras (directa o indirectamente) de un proyecto nacionalista. Su ingreso en la vida pública responde a una vasta estrategia de integración nacional de ahí que sean reconocidas maestras, enfermeras o

comunicadoras (telegrafistas). Una última categoría es aquella en la que se encuentra a intelectuales, creadoras o productoras de cultura. Aquéllas que tienen una visión de sí mismas y de cómo miran a su nación o patria, buscan y crean arquetipos en donde condensan visiones, critican o defienden su cultura, historia y soberanía.

A pesar de que el interés académico por el estudio de la identidad nacional va en aumento (Dieckhoff y Gutiérrez, 2001), aún está tomando forma un nuevo esfuerzo por incluir a las mujeres (Cockburn, 1998). La idea más básica para entender la identidad nacional se refiere a la forma de identificación de los ciudadanos de un Estado-nación para sí y para otros. Pero esta forma de identificación es ante todo un complejo sistema de información ritualmente socializado y que ha servido, por lo menos, para dos propósitos ligados a la modernidad: la construcción de la homogeneidad y la delimitación de una cultura única de ser compartida por toda la ciudadanía de un territorio (Gutiérrez, 2001). La homogeneidad es un tipo ideal que ha servido de orientación a la organización del Estado-nación del siglo xx, de manera que a través de arquetipos y estereotipos, entre otros códigos, se aprende este tipo de identidad (Gutiérrez, 1998). Estudios recientes han empezado a identificar los terrenos contestarios que ahora resultan indispensables para entender la dinámica del Estado-nación; así, un conjunto de excluidos, de entre ellos las mujeres, empiezan a cuestionar por medio de sus organiza-

ciones la alta selectividad o exclusión del Estado-nación del área andina (Radcliffe y Westwood, 1996). El periodo que encuadra este artículo no permite ajustar la definición de identidad nacional al quehacer público o privado de las mujeres en tanto que se trata de una socialización extensa, cuya exclusión involucra a las mujeres. Esto quiere decir que la identidad nacional no se puede reducir a las expresiones artísticas o literarias, emocionalidades colectivas en competencias o tensiones o a actos cívicos, por señalar sólo algunos. Por lo tanto, situamos la relación mujer-identidad nacional en dos etapas. Primero, la elaboración o recreación de ideas arquetípicas; es decir, elogio, nostalgia, admiración autoreadas por mujeres a la nación-patria. Segundo, el proceso monumental de socialización de informaciones de tipo identitario que implanta el Estado a través de sus instituciones. Los alcances del artículo permiten únicamente identificar a grandes rasgos personajes, actividades y lugares, exploración que forma la segunda parte del artículo.

La nación o la patria están ligadas al acceso a las ideas. Recordemos el multicitado texto de B. Anderson y su "comunidad imaginaria" (1990). Acceder a ella fue posible por medio de la prensa escrita, con informaciones idénticas era posible imaginar la pertenencia a una nación, sin conocer necesariamente a cada miembro de ésta. Un argumento deductivo, indica que sólo hombres mexicanos de los siglos XVIII y parte del XIX podían participar en los estadios iniciales de la

formación de la nación, en tanto que ellos podían mirarse a sí mismos e imaginar a los otros. ¿Por qué sólo los hombres? Tres siglos de vida colonial restringieron a las mujeres al hogar, al convento o a la Iglesia. Los hombres de élite recibían instrucción eclesiástica o asistían a colegios y universidades. Por medio de la lectura y escritura en latín y español, los hombres tenían acceso a las ideas y a su discusión. La “comunidad imaginaria” era reducida y orientada por razones de género y de clasificación étnica; es decir, las mujeres de cualquier posición social tenían acceso restringido a esa “imaginación”; ésta era posible en tanto se sabía leer (Gutiérrez, 1999).

En el trabajo arriba citado me he referido al impresionante panorama de analfabetismo entre las mujeres mexicanas de siglos anteriores. Aquí voy a subrayar que el analfabetismo no sólo era la tendencia dominante, sino que las mujeres que tenían acceso a la palabra escrita sólo podían encontrarse con libros de rezos u otro tipo de lectura religiosa. La vida para estas mujeres estaba dominada o sancionada por la religión. Los derechos de Castilla sobre la estructura familiar dictaba la supremacía de los hombres sobre las mujeres desde el nacimiento. Los hombres heredaban títulos o riqueza mientras que las mujeres eran excluidas de cualquier responsabilidad política o social de importancia. Su entrada a la edad adulta era a los 25 años. Para ellas sólo había la enseñanza de la educación elemental y rudimentaria, lo cual ex-

cluía cualquier posibilidad de lograr una educación superior o entrar en la universidad (Muriel, 1974; Sefchovich, 1999).

Es posible trazar algunos momentos que indican transformaciones en la ocupación y profesión de mujeres que superan el ámbito estrictamente doméstico. Así, hay una profusión de monjas y religiosas, que va diluyéndose dramáticamente con la aparición de maestras y alfabetizadoras en el tiempo transcurrido entre 1850 y 1960, época de gran construcción nacionalista. Durante el comienzo del siglo xx notamos también un gran número de mujeres fundadoras de asociaciones y sociedades literarias, así como algunas escritoras y, en menor medida, directoras de revistas y publicaciones. Estos momentos que marcan una movilidad social y ocupacional van adquiriendo mayor complejidad y sofisticación en el mercado laboral moderno.

Este artículo explora una veta en el estudio de mujeres y nacionalismo. Esto es la vinculación o la interrelación con la patria. Ciertamente, la patria, es un concepto en desuso, pero que aporta claves para comenzar a tender redes que muestran las distintas maneras de entender el nacionalismo. Así, abordamos la relación mujer-patria en tres niveles. Primero, un examen de dos tendencias teóricas, la cívico-territorial y la étnico-genealógica. Segundo, una identificación de las mujeres que hacen patria (luchas de independencia) y, finalmente, aquellas mujeres que piensan la patria.

Con respecto a las fuentes consultadas, nuestra búsqueda por bibliotecas y archivos de la ciudad de México incluyen las siguientes: Lerdo de Tejada, Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Centro de Estudios de la Revolución Mexicana, Castillo de Chapultepec, Museo de Antropología e Historia. De éstas se han consultado un centenar de fuentes y con ello estamos construyendo una base de datos. Hemos buscado, fundamentalmente, diccionarios enciclopédicos, literatura y obras escritas por mujeres de la época, a fin de identificar nombres y biografías de mujeres integrando los siguientes grupos: heroínas, personajes míticos, maestras y alfabetizadoras, fundadoras de asociaciones, revistas, suplementos, logias, sociedades literarias; así como escritoras, periodistas e integrantes de grupos intelectuales.

Se perfila, desde luego, una mayor producción de mujeres con orígenes étnicos mestizos o extranjeras nacionalizadas. En el terreno de acción sobresalen: Jalisco, el Bajío y la península de Yucatán. En apoyo a las fuentes documentales, identificamos algunos grupos y sociedades literarias, tales como: Hijas de Cuauhtémoc, Club Lealtad, Centro Bohemio, Ateneo Femenino, Círculo Feminista de Occidente, La Siempre Viva. Y las siguientes revistas y suplementos: *No Reelección*, *Correo de las Señoras*, *Aurora*, *Página Literaria* y *de la Mujer*, *Ilustración de México Libre*, *Violetas de Anáhuac*, entre otros, que cubren un periodo de 1810 a 1920. De acuerdo con estas fuentes, y en relación con la discusión teórica

entre patria y nación, es importante subrayar que la noción de patria figura como un vocablo de uso común, a excepción del concepto más actual de nación que aparece escasamente. De tal manera que si bien puede delinearse una especificidad teórica e histórica entre patria y nación, la literatura de la época no posibilita esa diferencia.

PATRIA O NACIÓN

La patria es un terreno fertilizado imaginariamente por símbolos femeninos y de mujeres. Una vasta iconografía (documental) nos muestra a la patria como mujer, a mujeres ataviadas con ropajes de patria (blancura, suave y suelta), a mujeres salvando o defendiendo la patria. El arte pictórico ha logrado captar una interrelación constante de la mujer y la patria representando originalidad, continuidad, reproducción, fertilidad, belleza, naturaleza, paisaje o pureza.

Si bien no hay consenso definitivo sobre qué es una nación, podemos aquí señalar que entendemos por nación una "comunidad de gente (ciudadanos) que logra ejercer un tipo de cohesión que le permite llevar a cabo independencia y vida en común". La simbología, mitología y arengas heroicas resultantes de experiencias colectivas de defensa o posesión territorial, así como acciones oficiales, como la educación, se han encargado de formar la nación. Y, ¿qué es la patria? Justo Sierra, según Brading (1992), reconocía la separación de la patria liberal de la nación mexicana. "Mientras que la

esencia de la nación se encarna en el mestizo, la patria nació del 'grito de Dolores' y la nación se concibió en el abrazo de Cortés y la Malinche" (Brading, 1992:203). Sin esta curiosa precisión histórica sería muy difícil teorizar entre patria y nación (al menos en el caso de México).

Para algunas experiencias europeas la patria hace énfasis en la gente (*people*) y la nación (y su nacionalismo), en el territorio (Snyder, 1990). La nación tiene elementos distintivos de pertenencia (lengua, cultura, raza, religión, territorio o paisaje), mientras que la patria anima a adquirir una conciencia entre la gente exigiendo apoyo, defensa o sacrificio. Amor y sacrificio a la patria son vertientes emocionales y de lealtad. No se sabe si se ama a la patria instintivamente; de ahí que el ritual y entrenamiento cívico hagan énfasis en que ese vínculo emocional exista. Venerar a la patria también es una lealtad cívica al Estado desprovisto de emocionalidad atávica (de etnia, de religión, de región o "patria chica").

Volvamos a la apreciación de Brading: la patria surge con la lucha de independencia, pero la nación servía de base desde que surge el encuentro (idealizado) de Cortés y la Malinche. La patria es el Estado y la nación, su gente. Pero para Snyder, como vimos arriba, la patria es la gente y, por nación, tenemos el territorio. No obstante estas diferencias, tengamos en cuenta cómo se usan los conceptos de acuerdo con la literatura de la época. Las fuentes consultadas indican que la nación (limitada, soberana, con capacidad de ejercer

cohesión, móvil y anónima) estaba en desuso y abundaban las referencias elocuentes a la patria (al sacrificio, a la conciencia, a la lealtad).

Ahora podemos ayudarnos ante dos posibles rutas de construcción: una concepción cívico-territorial y una ruta genealógica-etnicista (Smith, 1986). La primera se identifica con la noción de patria, es decir, un Estado construyéndose con la ruptura de instituciones coloniales previas y con el reconocimiento de límites y fronteras territoriales que sirvan de asentamiento común. Los lazos étnicos o de parentesco, las lealtades étnicas, ancestrales, religiosas o primordiales de los ciudadanos no gozan de ningún reconocimiento o derecho en la etapa nacional. El firme propósito del Estado liberal es formar una comunidad (nación) de iguales sin vinculaciones atávicas que impidan el avance o consecución de objetivos comunes entre ciudadanos.

Por su parte, el modelo étnico-genealógico debe su estructura social basándose en alianzas matrimoniales o de parentesco, es endógamo y el anonimato no se ejerce. Esta forma compacta de vida posibilita que se desarrolle cierta capacidad defensiva o aislacionista que permite la construcción de focos muy sólidos de tradición. La reproducción de algunas etnias indígenas puede encontrarse en este modelo endogámico en donde la familia y las relaciones sociales inmediatas (parentesco) determinan la vida social. La nación surge en tanto convergencia de la estructura cívica y étnica. Ninguno de es-

tos momentos, aunque apenas esbozados, podría ser caso omiso de una honda simbología de pertenencia, un espacio de protección y seguridad o una contribución a la sofisticación del tejido social. Algunas escritoras indígenas contemporáneas identifican a la familia y a la comunidad como núcleos de perdurabilidad cultural indígena, ámbitos que sirven de modelo o inspiración costumbrista para recrear las identidades indígenas de hoy (Gutiérrez, 1999, capítulo 10 "Indian Women Writers").

La "patria chica" y la "matria", derivados del modelo étnico-genealógico, son otro par de conceptos poco claros que aparecen en la historia del patriotismo y nacionalismo mexicanos. La vasta geografía de México, junto con su heterogeneidad cultural y lingüística, han contribuido a trazar espacios imaginarios caracterizados como regiones. Las regiones presumiblemente aportan un núcleo de tradición por la continuidad de lazos primarios de socialización que resisten la integración con respecto a parámetros nacionales. La "patria chica" representa un imaginario terruño donde prevalece la lealtad de quienes se identifican con una parcialización del espacio territorial. Familia y socialización endógena estructuran la "patria chica". Es muy interesante notar cómo entre las mujeres vinculadas a alguna faceta del nacionalismo, se dimensiona, primero que nada, el lugar de origen, la región, la provincia, antes que pensar o actuar en función de un centro nacional integrador. De la región o patria chica hacia el

centro ocurren y transcurren los actos heroicos de defensa, las ideas o las sociedades literarias. Para Luis González (1992) no hay mucha diferencia entre "patria chica" y "matria".

Todavía una mitad de los mexicanos se insertan en minisociedades pueblerinas, municipios, terruños, tierrecas, parroquias, patrias chicas o matrias cuyas características objetivas vamos a esbozar una vez justificado el uso de la palabra matria. Como la palabra madre y sus derivados se usan frecuentemente en nuestro país en expresiones injuriosas, han caído en desuso en expresiones llanas. Sin embargo, como en la búsqueda de un término evocador de lo opuesto a la patria no di con ninguno decente, me incliné por el estudio de la matria para referirme al pequeño mundo que nos nutre, nos envuelve y nos cuida de los exabruptos patrióticos, al orbe minúsculo que en alguna forma recuerda el seno de la madre cuyo amparo, como es sabido, se prolonga después del nacimiento (González, 1992:480).

Aunque la matria ha quedado olvidada y también en desuso, tuvo inicialmente un significado protonacionalista de simbolizar un "amor católico" por la tierra de nacimiento (texto eclesiástico del siglo xvii). Sentimiento que pudo haber sido manifestado entre los soldados, misioneros y colonizadores de las tierras americanas.

Haciendo o pensando a la patria-nación, a la patria chica o a la patria, nos remite a asumir que hay incontables historias de mujeres que pueden explicar de manera diversa y diferente la historia de la nación y el nacionalismo.

MUJERES QUE LUCHAN O HACEN PATRIA

¡Bendita seas, oh tierra mexicana, en cuyo seno duermen tan admirables hijas tuyas!

Laureana Wright (1910:311)

Patria, entonces, es el cabal entendimiento y conciencia de forjar soberanía, independencia y capacidad de autogobierno en un territorio. La lucha por la independencia es parte ya de una rica tradición historiográfica. Así también lo es la documentación e interpretación de la construcción del Estado liberal. Aquí el trabajo metodológico de hacer estudios de nacionalismo y mujeres consiste en buscar e identificar a aquellas mujeres que contribuyeron a la hechura de la patria. Sus espacios de acción pertenecen todavía al ámbito privado y doméstico, aunque también figuran casos de heroínas sacralizadas por el panteón cívico mexicano.

José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) (autor del *Periquillo Sarniento*, base del multicitado argumento de la "comunidad imaginaria" de B. Anderson) mantuvo su prolífico interés por la patria. Resultado de este interés es una

investigación que lo lleva a editar un calendario (1825) dedicado a honrar su patriotismo (García, 1955). A él le debemos magníficos ejemplos de una escritura que refleja tanto la narrativa de la época al halagar la voluntad y sacrificio de las heroínas: “el acto de amar a la patria ha llenado al sexo débil con coraje y las mujeres frágiles han logrado extraordinarios resultados” (García, 1955:14).

Una generación de mujeres nacidas en las últimas décadas del siglo XVIII y principios del XIX actuaron con conocimiento de causa por la independencia.

Sabemos que una arraigada motivación de los criollos por el determinismo biológico de España peninsular fue una causa de peso en la búsqueda de la autodeterminación. El prejuicio por el lugar de nacimiento fue la razón principal que hacía posible la separación y resentimientos entre criollos y peninsulares. Las mujeres no podían haber permanecido aisladas a este fenómeno. Aquéllas nacidas en Europa fueron sinónimos de un alto estatus social y ello contribuía a separar las diferencias culturales en el Nuevo Mundo. El código de honor/vergüenza, control social y sexualidad, según Stern, eran de gran importancia para construir, perpetuar y legitimar el color y la clase (Stern, 1999:33). Un ejemplo: al arzobispo Mañosca del siglo XVII se le atribuye el siguiente comentario:

aunque los criollos no tienen sangre india, han sido alimentados con la leche de mujeres indias y, son, por lo tanto, como los indios, criaturas de temer (Israel 1975:116, cit. por Gutiérrez 1995:169).

Este tipo de exclusión también era revertida por los criollos quienes abiertamente manifestaban sus profundos sentimientos antihispanistas. Lizardi, por ejemplo, nota estos sentimientos en un "patriotismo emocional" revelado en los datos biográficos de algunas heroínas. "La ciudadana, Mariana Rodríguez del Toro de Lazarín (1775-1821) debe a la naturaleza un claro talento por conocer los derechos de su patria y, de alguna manera, una delicada fibra cuando siente que sus derechos han sido usurpados" (García, 1955:17). Otro personaje heroico fue María Leona Vicario (1789-1842), quien llegó a ser un pilar instrumental en la causa de independencia en tanto logró establecer comunicación con los insurgentes al esconder en su amplia falda una prensa portátil que permitía la impresión en forma clandestina y rudimentaria del periódico antihispanista *El Ilustrador Nacional*. María Josefa Ortiz de Domínguez (1768-1829) es tal vez la heroína más conocida.

Especulación y leyenda son parte de su historia. Casada con un corregidor (juez designado por el rey), contribuyó a organizar el estallido de la revolución popular de independencia (15 septiembre de 1810). Algunos historiadores del siglo xx han tratado de minimizar el papel de Josefa Ortiz.

Por ejemplo, un trabajo escrito en 1909 por Luis González Obregón expresa que su conciencia y patriotismo los adquirió por conversaciones que escuchaba tras las puertas, cuando Lizardi visitaba la casa de un criollo independentista, ya que trabajaba como doméstica. Es interesante notar el énfasis que biógrafos e historiadores han puesto en que las ideas de libertad que seguía Josefa provenían de ser clandestinamente escuchadas. El "grito de Dolores" se salva por la atinada actuación de Josefa, quien ha escuchado, como esposa del corregidor, que la conspiración ha sido descubierta.

Esta falta de reconocimiento al sentimiento (o intuición) patriótico atribuido a las mujeres ha sido refutado por un biógrafo de Josefa Ortiz, Gabriel García Agraz. Josefa, como cualquier otro habitante no nacido en la España peninsular, de origen mestizo y mulato, era necesariamente sensible a experiencias diarias de humillación, desprecio y segregación. ¿Por qué no habría de pensarse que una situación tan marcadamente desagradable creara entre las mujeres la necesidad de liberación y gobierno propio?

El biógrafo en cuestión nota que curiosamente Lizardi no incluye en su calendario conmemorativo a Josefa, por lo que aventura la hipótesis de que nunca hubo contacto entre ellos. Josefa todavía es para la historiografía convencional la mujer que contribuyó a la independencia, por sus actos simples de escuchar las conversaciones de los insurgentes al otro lado de puertas y mamparas.

Mientras el Corregidor (esposo de Josefa) estaba ejecutando la prisión de Epigmenio, su esposa (Josefa) persuadida del riesgo que la conspiración corría de frustrarse y todos los comprometidos en ella de ser aprehendidos, si no se tomaban prontas y eficaces medidas, trató de dar inmediatamente aviso a Allende del punto a que habían llegado las cosas. La recámara de su habitación caía sobre la vivienda del Alcaide de la cárcel, la que, como en casi todas las capitales de provincia, estaba en los bajos de la casa de Gobierno. Llamábase el alcaide Ignacio Pérez y era uno de los activos agentes de la conjuración. La Corregidora precavida y vigilante había convenido con él que en cualquier caso urgente lo llamaría dando tres golpes sobre el techo de la habitación que él ocupaba. Al oír aquella señal, Ignacio Pérez salió precipitadamente a la calle acercándose al zaguán de la Corregidora, donde ésta, que había bajado rápidamente la escalera, le esperaba ya. Y dónde a través de la cerradura y acercando sus labios al ojo de la llave, le comunicó lo que pasaba encargándole que avisase en el acto a Allende, que se hallaba en la villa de San Miguel el Grande (Wright, 1910:293).

Su acto heroico no fue la elaboración o transmisión de ideas ni ideales, sino la capacidad de emitir un susurro en el momento preciso.

En la fase inicial de la construcción de una identidad separada no es sorprendente encontrar una confusión entre odios raciales o culturales; y conciencia por defender un territorio, una población o una historia. Lo primero pueden ser sentimientos de humillación, despojo, discriminación; lo último, proyectos, ideologías o estrategias.

Más historiadores del siglo xx se sumaron a la tarea de subestimar los sentimientos patrióticos de mujeres al identificarlos como simple odio racial. Ello se entiende en la medida en que el patriotismo es una construcción intelectual racional y elaborada sobre la base del conocimiento de derechos, a la reacción ante la usurpación de ellos y a la conciencia de las diferencias. Mientras que "simple odio racial" es una manifestación emocional provocada por el rechazo y la discriminación. Así, el distinguido liberal, José María Luis Mora, comentó sobre el patriotismo de Josefa: "La esposa de Domínguez cuya única idea de independencia era sentir odio contra los españoles, después de conspirar contra ellos, se unió a los rebeldes (citado por Agraz García de Alba, 1992:56).

Josefa murió en 1829. Hasta 1885-1890, un periodista puso en circulación un retrato de Josefa en una publicación especial destinada a celebrar los acontecimientos de septiembre de 1810. Hubo algunas otras celebraciones en 1894 con motivo del traslado de sus restos de México a Querétaro para que el patriotismo de Josefa se conociera. Comenta Laureana

Wright, en 1910, a propósito de la etapa más elocuente de las *tradiciones inventadas* de México del siglo xx:

A partir de aquel momento por una de esas ingratitudes inconcebibles en los pueblos, el velo del olvido cayó pesado y frío sobre la memoria de la Heroica patricia, al celebrar los aniversarios de la Independencia Nacional de México, su nombre no volvió a figurar junto a los ilustres nombres de Hidalgo, Allende, Abasolo y Aldama, a quienes había salvado en su arriesgada empresa y, aún las conciencias timoratas a las que escandalizaba el que una mujer hubiese tenido la osadía de mezclarse en asuntos políticos y hubiese resistido al estigma de la excomuniación general fulminada contra los insurgentes (303).

Vamos a referirnos en adelante al libro de Laureana Wright de Kleinhans publicado en 1910, *Mujeres notables mexicanas*, en donde encontramos a muchas más mujeres identificadas como "heroínas de la independencia". Algunos personajes y sus historias son muy útiles a fin de recrear el ambiente social, la experiencia y las ideas de mujeres sobre la patria en formación. En la larga guerra de independencia no sólo participaron las esposas de la élite insurgente, sino también mujeres de bajos recursos y desconocidas de quienes, por lo tanto, sabemos poco o nada de sus biografías.

María Soto la Marina es una de estas mujeres recordadas por la tradición popular al contribuir a reanimar al ejército rebelde:

Fácil es calcular cuán grande tuvo que ser no sólo el arrojo moral, sino el esfuerzo físico, que aquella abnegada hija del pueblo tuvo que emplear para llevar una cantidad de agua suficiente para calmar la devoradora sed de aquel ejército calcinado por los ardientes rayos de sol, unidos a las fatigas del combate (Wright, 1910:234).

Otras pasaron a la historia sin que se supiera cuál fue su nombre verdadero, así se sabe de una mujer conocida como la Serrana de Dolores, quien "tuvo la gloria de auxiliar en angustiados momentos a uno de los más ilustres sostenedores de la independencia mexicana" (234). Más ejemplos de patriotismo son atribuidos a una abnegación maternal y a un sacrificio del hogar y la familia. Un interesante pasaje del libro de Wright ejemplifica un momento de intensa idealización patriótica:

En la memorable mañana del 16 de septiembre de 1810 la honrada familia (María del Rosario Díaz casada con Ignacio Acevedo, tejedor de rebozos) fue despertada de su tranquilo sueño por el redoble de los tambores y campanas que anunciaban la proclamación de la santa

causa y apenas Ignacio se enteró de lo que ocurría, participó a su mujer que iba a partir con el cura Hidalgo y que se llevaba consigo a su hijo el mayor.

La heroica Rosario, sintiendo brotar en su alma el fuego sacro del patriotismo, lejos de prorrumpir en pusilánimes quejas y lágrimas, o de oponerse a la marcha de su marido y de su hijo como las mujeres vulgares, no sólo aprobó que aquellos cumpliesen con su deber de ciudadanos, sino que llena de entusiasmo exclamó con valor espartano: "¡Ignacio, llévate también a mi hijo Lorenzo; Ya está grandecito y puede defender a su patria".

El marido vaciló un momento, pero luego aunando en su ánimo lo que debía a la patria con lo que debía al hogar, respondió: "No; vamos a la guerra y quizá no volveremos; que se quede Lorenzo para que, si sucede, pueda atender al telar y mantenerte".

Los dos patriotas partieron, y la heroica mujer, satisfecha de su conducta se puso frente del telar reemplazando a los ausentes en el trabajo y sosteniendo la casa, durante todo el período o de la revolución de Hidalgo, hasta que, muerto el caudillo, su marido y su hijo mayor volvieron, habiendo tenido la suerte de ser respetados por las balas españolas (Wright, 1910:243).

Por las fuentes consultadas, vemos un panorama de numerosas mujeres que, desde sus posiciones económicas, sus al-

cances y condiciones no necesariamente ideales, llevaron a cabo actos que favorecieron el plan de independencia. A juzgar por el muy restringido acceso a la educación de las mujeres del Nuevo Mundo y el alto analfabetismo, las ideas de independencia se creyeron sólo asunto de hombres. El patriotismo y la independencia no sólo fueron ideales y doctrinas importadas de la Revolución Francesa y la Ilustración; si este punto de vista fuera suficiente, no hubiera habido mujeres que hubieran luchado por no quedar excluidas. Ellas también tuvieron su profunda y sólida raíz en los sentimientos creados por la injusticia de la discriminación y por el hecho de que México no podía ser gobernado por sus mexicanos. No hacía falta el conocimiento de un ideal político para sentir la injusticia y el deber del sacrificio y la defensa, miles de mujeres vivieron también la época y el drama.

Mencionemos ahora un interesante caso en el que se interrelaciona el patriarcado, la defensa del patriotismo, la pobreza de una mujer y su sacrificio. De la villa de Tequila, Jalisco, era originaria Agustina Ramírez, esposa, y madre de trece hijos varones: doce de ellos murieron en combate con los invasores franceses, y su esposo murió en su deber como soldado durante la guerra de Reforma. Por la pérdida de apoyo y protección de esposo e hijos, la mujer quedó relegada a la miseria y al abandono hasta que el gobierno de Sinaloa (1868-1881), en un acto de exaltación patriótica, resolvió entregar una pensión. Más que acto de reconocimiento institucional

resalta la utilización de la desgracia de esta mujer por legisladores para acrecentar y dimensionar un fervor patriótico.

El General Vicente Rival Palacio, expresó: “Señores diputados: Si en la calle o en cualquier parte dicen que hay una mujer que ha perdido a su marido y doce hijos combatiendo contra el enemigo extranjero, a la que el Congreso le ha dado treinta pesos cada mes, sin ser diputados diríamos que era una vergüenza para la nación haber señalado tan mezquina recompensa a la que ha sido víctima en aras de la independencia (Wright, 1910:326).

A un lado de esa manipulación de una desgracia familiar ocasionada por un acto de sacrificio patriótico, reconocemos que las heroínas (sea cual fuese su “tradición inventada”) integran una larga lista. Recreamos momentos en que éstas, usando ingenio, sentido común, fuerza física, fatalidad o discreción, contribuyeron a establecer comunicaciones entre los insurgentes, a alertar sobre el descubrimiento de la conspiración, a ayudar a soldados caídos, a proveer de alimentos y, sobre todo, a lograr dominar el terror de la tortura, la pena capital y el encarcelamiento. Para ellas nunca hubo gloria, sino martirio si eran descubiertas por su fe en el patriotismo.

MUJERES QUE PIENSAN LA PATRIA

Las mujeres no deben conocer más asuntos que los de la cuna y la cocina.

(Refrán mexicano de mediados del siglo XIX)

En ésta sección nos ocupamos de un heterogéneo grupo de mujeres (no todas incluidas aquí) que figuran en la historia como *libre pensadoras* (para usar el término de la época) aunque muy desconocidas, toleradas y comprendidas. Atrás se van quedando los tiempos en que las mujeres mexicanas sólo tenían acceso a una educación de primeras letras, a la doctrina religiosa y a los quehaceres domésticos.

Nos interesa identificar a las mujeres que pensaron la patria. Damos vuelta a la hoja para superar la eventualidad, el azahar o la valentía de la heroína que con sus actos hizo patria. No son actos sino ideales, pensamientos, trabajos mentales e intelectuales que se sumaron para imaginar, romanticizar o definir la identidad de la patria-nación. La búsqueda de este perfil ha presentado algunas dificultades, ya que las ideas de mujeres no fueron muy aparentes o evidentes por el hecho de que no fueron material del conocimiento público.

De cualquier forma, encontramos dos grandes clasificaciones. Por un lado, las maestras y las fundadoras de escuelas e institutos, de revistas y suplementos, de logias, asociaciones y sociedades. Estos casos dan cuenta de un entorno con aspi-

raciones en el ámbito público restringido por el convencionalismo de la domesticidad. Por otro lado, están las mujeres que escribieron y delinearon visiones e interpretaciones usando distintos medios, de su manera de entender su cultura, historia, ambiente. Aunque estos casos son raros en la época que nos ocupa (mediados del siglo XIX), sí resultan ser más numerosos y frecuentes conforme avanza la segunda mitad del siglo XX.

Algunos ejemplos contribuyen a delimitar el impacto del nacionalismo que se aproxima al siglo XX. Hay que tomar en consideración que la información disponible sobre las mujeres que piensan la patria no es explícita o directa, más bien implica un método de trabajo deductivo que nos va acercando a la corroboración de la hipótesis siguiente: las mujeres mexicanas de mediados del siglo XIX, después de la formación del Estado liberal, y en auge pleno del liberalismo, vivían severas restricciones de expresión independiente. De ahí, que nos encontramos con una información de mujeres muy apegadas a su entorno doméstico, el cual, sin desafiar de manera alguna, se canaliza en aquellas actividades que van dando cuenta de la nueva (e incipiente) nación en formación. Encontramos entonces a mujeres educadas en un ámbito doméstico, cuyo dominio de la escritura no va más allá del elogio al amor carnal o filial, en buena rima o escritura; pero nunca en desafío o transgresión. Más bien en un estado de conformismo y celebrando el privilegio elitista de te-

ner oportunidad de expresión. También hay otras opciones por las cuales se puede explorar el tránsito de ideas de mujeres sobre patria-nación. Por ejemplo, las sociedades literarias, las logias masónicas organizadas por mujeres o los suplementos periódicos que lograron integrar a un notable número de escritoras, poetisas o *libre pensadoras*.

Con el propósito de vincular lo anterior, merece alguna atención la sociedad literaria conocida como "La Siempre Viva" cuyo objetivo fue "de propaganda de instrucción del sexo femenino". Fundada en 1870, sus fundadoras y dirigentes, mujeres todas, entre ellas Gertrudis Tenorio Zavala, publicaban un semanario llamado también *La Siempre Viva*, redactado por mujeres. A diferencia del *Diario de México* de cuyos 1 875 artículos sobre "cultura femenina" aparecidos durante seis años ninguno estaba firmado por mujeres (Lavrin, 1978:201). En esta sociedad participaron numerosas poetisas, algunas de ellas escribieron bajo seudónimos o en el anonimato.

Teapa, Tabasco, fue el lugar de origen de Dolores Correa y Zapata. Una poetisa que colaboró en 1879 en el *Recreo del Hogar*, periódico literario fundado por la poetisa yucateca Cristina Farfán de García Montero. Micaela Hernández fue maestra y fundadora de innovadoras instituciones educativas en música y en el desarrollo de la imprenta.

¿De qué manera podría una mujer hacer llegar conocimientos básicos y fundamentales de historia patria a un gran número

de población? Más aún, ¿por qué hacerlo? Emilia Beltrán y Puga, una jalisciense nacida en 1852, resolvió esa dificultad al organizar colecciones de libros y donarlos a las principales bibliotecas del país. Con esta obra, no era la escritura, sino la estrategia de imaginar de qué forma podían tejerse las redes que la nación requería para fortalecer la identidad en construcción.

Las mujeres que contribuyeron al semanario *Violetas del Anáhuac*, fundado y dirigido por Laureana Wright desde finales del siglo XIX, el único de su tiempo redactado por mujeres, también representan una veta de exploración. Su importancia no es sólo aparente en el contexto que discutimos (proyecto de mujeres), sino por el momento del nacionalismo en formación.

En Guadalajara, Rosa Navarro, nacida en 1850, inició la fundación y, más tarde, la dirección de la Logia Masónica "Xóchitl" que agrupaba a mujeres de la élite jalisciense. Esta mujer también escribió en *Violetas del Anáhuac* y contribuyó a difundir la literatura local. Así también otras —como Concepción Peralta, maestra normalista (1866)— fueron colaboradoras de *Violetas del Anáhuac* de manera anónima. A decir verdad, la mitad del siglo XIX mexicano animó el surgimiento de muchas poetisas; estamos imposibilitados de revelar la identidad de muchas de ellas por el anonimato o el uso de seudónimos.

Es rara la escritura de mujeres expresando a la patria. Una poetisa de Saltillo, Coahuila, nacida en 1855, Guadalupe Gómez de Suárez, en una correspondencia personal, rememorando la ruptura de su educación a temprana edad por la persecución política que sufría su familia en lealtad al republicanismo de Benito Juárez, opina así:

Yo tengo la creencia de que en cierta edad, cuando se empieza a vivir, el carácter del individuo tiene que conformarse a las circunstancias, y esto vino a suceder en mí. Por imitación o por un rasgo peculiar, yo amaba a mi patria, y sentía que estuviera invadida; sentía gratitud por los dignos mexicanos que defendían nuestros derechos (Wright, 1910:461).

Finalmente, mencionemos a Esther Tapia de Castellanos, morelense (1842), poetisa, criticada por no disimular su interés y aptitud por la poesía.

Créese generalmente, ocasión propicia es la que hoy se nos presenta para tratar este asunto, que la mujer que se dedica al cultivo de las letras mira con desdén o abandona por completo las costumbres y tareas propias de su sexo, perdiéndose para el hogar la que en el mundo literario llegará a obtener un puesto más o menos distinguido (Wright, 1910:502).

El país se va transformando y tanto su patriotismo como su nacionalismo van cobrando otros significados. Del elogio a la conciencia patriótica se vive una aceleración por dotar a la nación de su propia identidad. El siglo xx inicia agrupando a las masas para imbuirlas de tradiciones inventadas, de rituales de lealtad cívica, se construyen monumentos, se embellecen las ciudades; se nombran calles, plazas y lugares públicos con nombres de héroes. Empiezan a ser visibles algunas mujeres interesadas o apasionadas por crear, inventar, reconstruir o celebrar ideas de mexicanidad. A esta incipiente visibilidad intelectual de mujeres por la nación, habría que añadir el siguiente cuestionamiento: ¿hasta qué punto trascendía la mexicanidad de las mujeres en la identidad nacional, con sus arquetipos y estereotipos, una racionalidad o una creatividad del dominio de los hombres? (Gutiérrez, 1998).

La guerra (con todo lo que ella pueda significar) no fue, desde luego, ajena a las mujeres. Antes bien, la experiencia de la Revolución Mexicana (1910–1920) pudo haber sido vivida de manera distinta. Un ejemplo es el diario de María de Jesús Córdoba Noriega, escrito entre 1916 y 1917. Es un raro documento reimpresso que recoge expresiones de sentimiento popular frente a los sucesos de la movilización. Roberto Llanas Fernández, editor y prologuista, nota que la autora debió haber sido una mujer de educación básica de los años porfirianos, a juzgar por su falta de sofisticación en su estilo narrativo. A través de las páginas, ciertos eventos políticos

se mezclan con experiencias de la vida diaria creando una atmósfera de profunda rabia y resentimiento en una mujer que había perdido a su familia, atestiguando la destrucción de su pueblo y la masacre de su gente, por causas que no podía justificar. El diario es una útil fuente de información, ya que describe en detalle eventos políticos, fechas, fenómenos naturales, los nombres y parentescos de los asesinados, así como los terribles costos sociales de las enfermedades y epidemias que acompañaron al estallido social. En suma, el diario de María de Jesús nos habla de una historia que casi no se cuenta, aquélla del líder, Francisco Villa, y su violento ataque al pueblo de San Pedro en el norteño estado de Sonora (Córdoba, 1960).

Parecía no haber tiempos mejores para aquellas mujeres que seguían a sus hombres por los caminos de la Revolución. Sabemos que una de las dificultades del estudio de mujeres es la ausencia de fuentes. Ante ello, Heriberto Frías (1997) nos acerca a un panorama desolador de las soldaderas, rumbo al asalto a Tomochic: "¡Aquellas hembras sucias, empolvadas, haraposas; aquellas bravas perras humanas, calzadas también con huaraches, llevando a cuestras enormes canastas repletas de ollas y cazuelas, adelantándose al trote, a la columna en marcha, parecían una horda emigrante!" (1997:11).

CONCLUSIÓN

Este artículo explora la interrelación de mujeres con la patria y la nación. Con base en una consulta de fuentes históricas buscamos explicar, desde una perspectiva de mujeres, la historia cultural del nacionalismo mexicano. Todo nacionalismo busca una integración y paradójicamente actúa de manera excluyente. La patria y la nación se han creído ámbitos enteramente públicos, de ideales, de conciencia de derechos. Según esta conceptualización, mujeres y poblaciones étnicas han quedado al margen y atrás de la ingeniería centralista del Estado. Hoy sabemos que las mujeres actuaron, vivieron, se impregnaron y aprendieron de cómo hacer y pensar la patria y la nación.

Del primer momento de nacionalismo, pudimos constatar que muchas mujeres se vieron envueltas en un proceso de ruptura con el orden colonial por convicción, por injusticia, por rechazo a la discriminación. Tal vez no hubo mujeres que perfilaron sus ideales independentistas o defensivos con base en una discusión y acceso sistemático a las ideas (Ilustración o la independencia de Norteamérica). Pero resalta que la capacidad de reacción ante la desventaja o exclusión, ante la defensa de lo propio, supera el campo de la instrucción escolar. Las mujeres de esa época no aprendieron a ser patriotas y nacionalistas, su conciencia patriótica la forjaron innumerables circunstancias de inestabilidad o de invasión externa.

Hay cierta idealización de los lugares donde algunas de estas mujeres vivieron y actuaron. El entorno regional, de patria o patria chica, seguía encuadrando el ambiente fragmentado de una patria que desataba la necesidad de conciencia y de una nación integrada bajo un solo Estado. Las mujeres actuaban desde los núcleos locales y de esa manera contribuían a desviar y desarticular los esfuerzos integracionistas del poder central.

La nación étnica surgió del abrazo entre Cortés y la Malinche, pero la nación moderna de México es obra atribuible a la capacidad de organización y coerción del Estado soberano. A la empresa de crear una nación han concurrido incontables fuerzas, procedimientos, planes, estrategias. Una de ellas es la red educativa apoyada por maestras e instructoras. La conexión metodológica de las mujeres con el nacionalismo no solamente termina en la escuela o en la instrucción. Hacia la segunda mitad del siglo XIX empieza a advertirse una variedad de géneros y estilos en la prensa, aunque predominan los versos y la poesía. Posterior a la primera década del siglo XX, las mujeres escritoras van eliminando su anonimato y articulando no sólo pensamientos introspectivos, sino reflexiones, críticas y alabanzas a sus entornos culturales. La nación se va construyendo con comunicaciones, carreteras y más alfabetismo, atrás va quedando la conciencia de patria; mientras que la identidad (o la sensibilidad) de la nación moderna va adquiriendo complejidad y perdiendo en visiones totalizantes o definitivas.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities*, Verso, Londres, 1990.
- BRADING, David. "El patriotismo liberal y la reforma mexicana", en Elio C. NORIEGA (ed.). *El nacionalismo en México*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1992, pp. 179-204.
- COCKBURN, Cynthia. *The Space Between us. Negoting Gender and National Identities in Conflict*, Zed Books, Londres y Nueva York, 1998.
- CÓRDOBA NORIEGA, María de Jesús. *Días memorables pasados por mi vista en este lugar, San Pedro, Sonora*, Ediciones del Patronato de la Historia de Sonora, Hermosillo, 1960.
- DIECKHOFF A. y N. GUTIÉRREZ (eds.). *Modern Roots: Studies of National Identity*, Ashgate, Londres, Berkeley y Sydney, en prensa.
- FRÍAS, Heriberto. *Tomochic*, Porrúa, México, 1997.
- GONZÁLEZ, Luis. "Patriotismo y matriotismo, cara y cruz de México", en Elio C. NORIEGA (ed.). *El nacionalismo en México*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1992, pp. 477-496.
- GUIBERNAU, Montserrat. "El futuro del nacionalismo en las naciones sin Estado", en *Revista Mexicana de Sociología* (1), México, enero-marzo, 1988, pp. 115-130.
- GUTIÉRREZ, Natividad. "Miscegenation for Nation-Building: Native and Indigenous Women in Mexico", en D. STASIULIS y N. YUVAL-DAVIS (eds.). *Unsettling Settler Societies*, Sage, Londres, 1995.
- GUTIÉRREZ, Natividad. "Arquetipos y estereotipos en la identidad Nacional de México", en *Revista Mexicana de Sociología* (1), México, enero-marzo, 1998, pp. 81-90.

- "Women and Nationalism: In Search of the Readers of the Imagined Community", ponencia presentada en el Congreso Women and Words, Universidad de Middlessex, abril, 1999.
- *Nationalist Myths and Ethnic Identities: Indigenous Intellectuals and the Mexican State*, Nebraska University Press, Lincoln y Londres, 1999.
- "The Study of National Identity", en A. DIECKHOFF y N. GUTIÉRREZ (eds.), *Modern Roots: Studies of National Identity*, Ashgate, Londres, Berkeley Sydney, en prensa.
- GARCÍA, Manuel (ed.). *José Joaquín Fernández de Lizardi, heroínas mexicanas (María Leona Vicario, M. Rodríguez Lazarín, María Fermína Rivera, Manuela Herrera y otras)*, Vargas Rea, México, 1995.
- KANDIYOTI, Deniz. "Identity and its Discontents: Women and the Nation", en *Millenium*, núm. 3, vol. 20, 1981, pp. 429-444.
- LAVRIN, Asunción. "Women in Convents: Their Economic and Social Role in Colonial Mexico", en B. A. Carroll (ed.). *Liberating Women's History: Theoretical and Critical Essays*, University Press, Chicago, 1978.
- RADCLIFFE, Sarah y Sallie WESTWOOD. *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*, Routledge, Londres, 1996.
- SNYDER L., Louis. *Encyclopedia of Nationalism*, St. James Press, Londres y Chicago, 1990.
- SMITH, D. Anthony. *The Ethnic Origins of Nations*, Basil Blackwell, Oxford, 1986.
- WRIGHT DE KLEINHANS, Laureana. *Mujeres notables mexicanas*, Topografía Económica, México, 1910.

- SEFCHOVICH, Sara. *La suerte de la consorte, las esposas de los gobernantes de México: Historias de un olvido y relato de un fracaso*, Océano, México, 1999.
- STERN, J. Steve. *La historia secreta del género, mujeres, hombres y poder en México en las postrimerías del poder colonial*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999.
- YUVAL-DAVIS, Nira y FLOYA ANTHIAS (eds.). *Woman-Nation-State*, Macmillan, Londres, 1989.